



© José Manuel Fajardo, Karla Suárez y Kike Ferrari.

Ésta es una publicación de la Delegación Azcapotzalco y  
Para Leer en Libertad AC.

[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)  
@BRIGADACULTURAL

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Jorge B. Fernández.  
Diseño de portada y diagramación: Daniela Campero.

# **Otras Miradas**

**Narradores extranjeros invitados a la Feria**

**José Manuel Fajardo, Karla Suárez y  
Kike Ferrari**



# Índice

## **José Manuel Fajardo**

Olas .....	7
Segundas partes .....	19

## **Karla Suárez**

Joni Mitchell estaba cantando Blue .....	31
La coleccionista .....	38

## **Kike Ferrari**

Un paso atrás .....	49
La frontera del azar .....	57



# José Manuel Fajardo

## Olas

Mi padre me lo repetía constantemente: “No te asustes, las olas simplemente están ahí. Lo único importante es que no pierdas la cuenta. La séptima es la peligrosa, no lo olvides, es con ella que la mar se te viene encima y puede arrastrarte. Muchos han muerto por eso, por no llevar bien la cuenta”.

Mi padre era *percebeiro*<sup>1</sup>, un hombre sin más cultura que lo aprendido de la vida. Y había vivido mucho. Fue soldado durante la guerra civil, siendo apenas un mozo, después emigró, como tantos otros del pueblo, como había hecho en su día el tío Carlos, que se marchó a Cuba antes de la guerra y de vez en cuando mandaba alguna carta breve en la que no faltaba una fotografía, que a veces era de una casa con palmeras y otras de un almuerzo donde mis padres se esforzaban en reconocer a los presentes, primos de cuya existencia yo sólo tenía constan-

1. Percebeiro es como se llama en Galicia a la persona que se dedica a recoger los mariscos llamados “percebes” entre las rocas de los acantilados.

cia por aquellas mismas fotos y por las discusiones que generaban en la familia, pues mis padres nunca estaban de acuerdo sobre quién era quién. Sin embargo, mi padre no se fue a trabajar a Cuba sino a Alemania. Nosotros nos quedamos en casa, siempre a la espera de sus cartas y de sus envíos de dinero, pero él no se acostumbró a la vida de ciudad ni a aquella lengua impronunciable, así que al cabo de cuatro años se enroló en un mercante y regresó a Galicia. Nada le había ido bien desde entonces, hasta que empezó a descolgarse por los acantilados para recoger percebes que luego vendía a buen precio a los transportistas que llevaban el marisco fresco a los mejores restaurantes de Madrid.

El día que me llevó con él al acantilado, para enseñarme el oficio, me lo dijo por primera vez: “Las olas no son tus enemigas, al contrario, ellas traen la vida hasta estas costas”. Dejó un momento de preparar el cabo que había amarrado a uno de los pinos que crecían en lo alto del acantilado y añadió, con un guiño cómplice, “lo que pasa es que la vida, a veces, puede ser muy cabrona”. Después descendimos con cuidado hasta el batiente, cada uno con un saco amarrado a la cintura, y mientras recogíamos los percebes, en medio del fragor del oleaje que rompía contra las rocas a nuestros pies y se retiraba luego con bisbiseo de serpiente, mi padre me repetía “¿qué ola es ésta?” y yo le respondía que la segunda o la cuarta, y él volvía a preguntarme “¿y ésta?”, y yo, la tercera o la quinta... Al llegar a la sexta me decía “rápido, ahora vamos arriba”, y trepábamos tres o cuatro metros para ponernos fuera del alcance de la séptima, que estallaba a nuestras espaldas

con un gruñido de perro rabioso y nos salpicaba con su lluvia salada. De inmediato volvíamos a bajar para reanudar la tarea y así hora tras hora, día tras día, en una corredera que duró años, un ritual que repetíamos como actores de teatro, cada vez más seguros de nuestros papeles, mi padre marcándome el ritmo con sus preguntas y yo respondiéndole mientras me apuraba en recoger los percebes y miraba de reojo la siguiente ola.

A mi padre no lo mató la mar, aunque estuvo a punto de hacerlo en un par de ocasiones porque el oleaje también tiene su carácter y a veces cambia de golpe, sin aviso alguno. No, a él lo mató uno de aquellos camiones que llevaban los percebes a Madrid y que perdió los frenos en el cruce del puerto. Pero yo sigo contando olas, se ha vuelto un hábito. Lo hago sin darme cuenta, todo el tiempo, en cuanto estoy cerca del mar. Me relaja. Eso era lo que estaba haciendo hace tres años, contar olas sentado delante de la estación de control, durante mi turno de vigilancia en el puesto de la Guardia Civil en la isla canaria de Tenerife, mientras contemplaba una vez más, admirado, la gigantesca silueta del volcán Teide y escuchaba el oleaje del mar luminoso que ronroneaba unos pocos metros más allá, tan diferente del oscuro y furioso mar de mi Galicia natal.

El helicóptero de reconocimiento había avistado una embarcación a la deriva, en medio de un oleaje más violento de lo habitual en esas fechas, y la voz del piloto vino a sacarme de mi recuento de olas para informar que la embarcación parecía ser otro cayuco, otra de esas barcas con las que los emigrantes ilegales africanos se arrojan

al océano para intentar llegar a las costas de las islas Canarias. De todos modos, sólo se podría confirmar si era un cayuco cuando llegara la patrullera.

Una vez más eché de menos ese mundo tecnológico de las películas en el que desde un satélite espacial se podía precisar incluso el número de matrícula de un automóvil en pleno corazón de Londres. Los satélites orbitaban sobre nuestras cabezas, jugando a comunicarse o a la guerra, a espiarse o a curiosear el cosmos, pero nosotros teníamos que conformarnos con helicópteros que libraban luchas desiguales con los feroces vientos marinos, y ni siquiera disponíamos de un avión. De todas formas, estaba seguro de que el piloto llevaba razón y aquella era una más de las barcazas en que los inmigrantes ilegales zarpan desde la costa senegalesa para jugarse a cara o cruz la vida por un sueño que, si tienen suerte, termina en la sala principal de este puesto de guardia. Aquí les atienden los sanitarios, se les da de comer y se les explica que su sufrimiento ha sido para nada, porque van a tener que regresar a su país. Es una tarea ingrata, una rutina que te quita las ganas de todo y a la que yo todavía no acababa de acostumbrarme. Durante aquella semana no había mañana en que no llegaran cayucos a la isla. Siempre era así, venían por oleadas, como si la desesperación fuera un viento más que los arrastrara mar adentro. Y llegaban cargadas de rostros perplejos y desconcertados, como si sus pasajeros no vinieran del continente vecino, sino de remotos planetas, cual astronautas perdidos en los espacios siderales.

El piloto informó que apenas si había movimiento a bordo del cayuco, iba muy cargado y la noche había sido

fría, a saber cuántos estarían ya muertos. La patrullera zarpó de inmediato y una hora después confirmó que la salud del medio centenar de ocupantes que se hacinaban en la barzaca estaba muy deteriorada, dos de ellos ya habían fallecido y la mayoría presentaba síntomas de hipotermia. Tres horas más tarde, el cayuco llegaba remolcado hasta el puerto de Los Cristianos, donde aguardaban los miembros de la Cruz Roja. Tambaleantes y cubiertos con las mantas que les habían entregado los patrulleros, los inmigrantes se iban dejando caer al suelo apenas ponían los pies en tierra, como si las pocas energías que les quedaban no les bastaran para combatir la fuerza de la gravedad en este mundo nuevo para ellos. Se derrumbaban como títeres de una pieza de marionetas, suavemente, plegándose sobre sí mismos. Luego venían los temblores, las lágrimas, las frases en lenguas que ninguno de nosotros conocía y en las que, según nos explicaba Sanokho, trataban de comunicarnos que tenían hambre o miedo o frío o todo junto a la vez.

Sanokho, un mandinga vivo y emprendedor que había llegado en cayuco hacía unos meses y ejercía de traductor para la Cruz Roja, era uno de los pocos que había logrado el permiso de residencia y fue él quien me contó que la muchacha de pelo corto y ensortijado, que temblaba junto a la puerta de entrada del puesto de vigilancia, estaba embarazada. Le pedí que le preguntara su nombre y ella respondió: “Fana, como la ciudad”.

Entonces yo no sabía nada de la ciudad que tenía el mismo nombre que Fana y que no estaba en Senegal, como yo creía, si no en Malí. En realidad, no sabía nada

de África, salvo que de allí nos llegaban los cayucos y sus problemas. Pero Fana tenía un rostro risueño, a pesar de todo: del cansancio, del frío, de la sed y el temor. Era como si la sonrisa fuera un rasgo más de su cara y no un gesto. Quizá por eso me conmovió, o porque era bonita, o porque se la veía frágil y casi infantil, a pesar del vientre que ya denotaba su embarazo.

Había algo en ella que me recordaba a Estela. Bueno, mi mujer no es negra, pero durante su embarazo había tenido esa misma mezcla de belleza y candor, como si la maternidad se contagiara de la infancia que viene. Estaba de cinco meses, aclaró Fana, y yo le pregunté tontamente si esperaba niño o niña. Su sonrisa se hizo más amplia, mientras Sanokho me traducía su respuesta: “¿Cómo voy a saberlo?”. Yo me sentí un completo idiota, le estaba hablando como si estuviéramos en la sala de espera de un hospital de Madrid y no sentados en los escalones de entrada del puesto de la Guardia Civil, en plena noche. Quizá ella notó mi azoramiento porque enseguida añadió que preferiría que fuese niña, “tengo ya dos varones y necesito ayuda en casa, además, las niñas no van a la guerra”. ¿Pero cuántos años tenía? No aparentaba más de veinte. Me explicó que tenía pensado ponerle su mismo nombre, Fana. ¿Y si era niño? No sé por qué se lo pregunté, ¿qué necesidad había de empañar su sueño? “Latif”, respondió de inmediato, y añadió: “como el hombre que guiaba el cayuco”. ¿Era su marido? Le pregunté a Sanokho, y busqué al hombre con la mirada, pero Fana rompió a reír, no, no era su marido, nunca lo había visto antes, lo del nombre se lo acaba-

ba de inventar. ¿Me estaba tomando el pelo? “Es que yo voy a tener una niña”, me aclaró, con la certidumbre de un jefe de departamento de obstetricia, y esta vez también yo sonreí.

Fana estuvo internada en el centro de acogida durante casi dos meses. Nadie me lo dijo, pero comprendí que las gestiones para su expulsión tenían prioridad, nadie quería que diera a luz allí, no era el mejor lugar para traer un niño al mundo y, además, eso iba a complicar mucho su repatriación. La política era devolverlos a todos a su país, y en el caso Fana el viaje podía resultar arriesgado a partir del séptimo mes de embarazo. Los de las ONG pondrían el grito en el cielo. Lo cierto es que tan sólo ellos y yo hubiéramos preferido que Fana se quedara.

Me había acostumbrado a su presencia y a su conversación. Era asombrosa la facilidad con que había aprendido los rudimentos de la lengua española, yo apenas si lograba utilizar una veintena de palabras de la suya, pero ella conseguía comunicarse en la mía aunque fuera con ayuda de gestos y onomatopeyas que daban a nuestra charla un aire de juego infantil. Fue ella quien me habló por primera vez de la inmensidad del Níger, de Koulikoro, su ciudad natal, que estaba emplazada a orilla del río y al pie de una montaña, en realidad una especie de colina, según deduje de sus gestos cuando le pregunté si era tan alta como el Teide. Tardé un poco, pero al final comprendí que el nombre de la ciudad venía precisamente de su emplazamiento, pues en su lengua *koulo koro* quiere decir al pie del monte. También me habló de la ciudad llamada Fana, cer-

cana a Bamako, al parecer muy famosa por sus tejidos, y del largo viaje a pie que ella había tenido que hacer hasta la costa senegalesa.

No conseguí entender cuál era la situación de su marido, salvo que había quedado mutilado en una guerra que tenía que ver con el pueblo nómada de los tuaregs, pero sí que comprendí cuál era la razón por la que Fana había dejado a sus hijos y a su esposo para tratar de buscar fortuna en tierras europeas: la langosta. Sus brazos parecían querer abarcar el cielo cuando trataba de describirme la nube de insectos que se había engullido los campos de labranza y las esperanzas de los habitantes de la región. Tras su paso, sólo les esperaba el hambre. Fana no quiso seguir el curso del Níger, porque eso la llevaba al sur, así que puso rumbo a occidente con el poco dinero que pudieron sacar de la venta de sus bienes, mientras su familia se trasladaba a casa de sus padres, a la espera de que ella enviara las primeras remesas y quién sabe si quizá incluso la posibilidad de instalarse también ellos un día en Europa.

En ocasiones, cuando no conseguía entender lo que Fana me contaba, recurría a la ayuda de Sanokho, a quien parecían divertirle especialmente nuestra complicada comunicación y mi curiosidad, pero lo que en realidad me fascinaba de los relatos de Fana era que en ellos había siempre una traza de felicidad, por terribles que fueran los acontecimientos de los que me hablaba. A veces veía asomarse a sus ojos la tristeza, incluso las lágrimas, pero enseguida las combatía con su sonrisa infalible, como si luchar contra la infelicidad fuera cosa de vida o muerte. Absurdamente, su buen humor a prueba de desdichas me

recordaba a mi padre, que era capaz de verle el lado bueno a todo, incluso a las olas que parecían querer engullirnos cuando cogíamos percebes. “Míralas cómo han ido dando forma a la tierra”, me repetía y, a veces, incluso se echaba a reír mientras las veía romper a nuestros pies: “Míralas, nada puede detenerlas. Son tenaces. Vuelven una y otra vez, como la respiración. Son más fuertes que cada uno de nosotros, por eso no tienes que luchar con ellas, tienes que comprenderlas”.

En más de una ocasión, durante los dos meses que Fana estuvo entre nosotros, me descubrí contando olas en plena guardia y pensando en ella y en mi padre y en el tío Carlos, en todos esos náufragos de la vida que se empeñan en sonreír descaradamente al destino, quizá porque piensan que es la única manera de que éste les sonría a su vez. O quizá porque eso es lo que nos hace diferentes de los animales: la posibilidad de negarnos a que nuestro rostro sea mero reflejo de la fatalidad.

El día en que Fana partió, le regalé una camiseta con el nombre de Tenerife y una imagen del Teide, una de esas camisetas para turistas que ella se embutió, encantada, y que resaltaba todavía más la curva de su vientre. Le deseé suerte y la vi salir rumbo al aeropuerto en un autobús repleto de inmigrantes que, como ella, iban a ser repatriados. Sanokho no dijo nada, pero durante algunos días vino a visitarme al puesto de guardia, para contarme cosas de su tierra. Yo se lo agradecí en silencio, nunca he sido demasiado comunicativo.

Al poco tiempo, Sanokho volvió a sus asuntos y yo a los míos. Él, traduciendo a los infelices que llegaban en

cada nueva oleada de cayucos, y yo, atendiendo la radio del puesto, buscando refugio en los brazos de Estela y de nuestro hijo, a la vuelta del trabajo, y por supuesto, contando olas. La única novedad fue que también empecé a anotar los nombres de los que iban llegando. Compré un cuaderno de tapas duras y comencé el listado a la semana de que Fana se fuese. Así he ido llenándolo de Mallow, Awa, Bineta, Rama, Diomaye, Yandé, Samori, Abdou, Ziri, Aïcha, Ndioro, Limane, Kéwé, Nora, Bineta, Abdou-rahmane, Kamel, Maffal, Fatou... nombres de mujeres y de hombres, nombres mandingas, bambaras, sereres, soninkes, lebús, songhays, bereberes, árabes o pulares, que de todos hay, porque también empecé a distinguir entre las diferentes lenguas y etnias de Senegal, de Malí, de Nigeria, de Mauritania. Y en los ratos libres, me dedicaba a buscar en internet imágenes de satélite de aquellas tierras y a agrandarlas hasta que las líneas se volvían carreteras o ríos y las manchas bosques, y los bosques árboles, y lograba distinguir las camionetas que recorrían los senderos y unos puntos negros que sólo podían ser personas.

Durante estos tres años he llenado casi dos cuadernos. Cinco mil doscientos treinta nombres. Los he contado. Junto a algunos de ellos, escribo unas líneas para mantener el recuerdo. A los muertos sin identificar les pongo nombres que me gustan, escritos con tinta roja. Así tienen también su sitio. No es un cuaderno oficial, claro está, eso no entra dentro de mis competencias, pero me ayuda a sobrellevar el trabajo. O, al menos, me ayudaba.

El sábado pasado recibimos una llamada en el puesto de guardia, era el camarero de uno de los bares de la pla-

ya del Medano que avisaba del naufragio de un cayuco a menos de un centenar de metros de la costa. Como ya había salido otra patrulla rumbo a Playa Paraíso, donde habían sido avistadas otras dos embarcaciones de inmigrantes, el teniente me dijo que me uniera a los que iban a socorrer a los náufragos del Medano. Al llegar, encontramos a los turistas que allí estaban de vacaciones atareados en proporcionar los primeros auxilios a quienes conseguían ganar la orilla. Los cubrían con sus toallas o les daban de beber el agua o los refrescos que tenían guardados bajo las sombrillas. Enseguida nos hicimos cargo de la situación. El cayuco era grande y había náufragos por toda la playa, algunos todavía estaban en el agua y la gente trataba de rescatarlos.

Una hora después los habíamos reunido en el bar desde el que recibimos la llamada, eran casi un centenar, pero sobre la arena se alineaban los cuerpos de otros siete que se habían ahogado. Preguntamos si alguien podía ayudarnos a identificarlos y un muchacho, que estaba en mejores condiciones que sus compañeros de travesía, se acercó con nosotros hasta los cadáveres. Sanokho nos acompañaba para facilitar la comunicación, y fue él quien me la señaló. El rostro de Fana estaba manchado de arena, su pelo había crecido y su vientre era plano, pero sobre su pecho se recortaba la silueta del volcán Teide impresa en aquella estúpida camiseta que yo le había regalado y que ella traía puesta debajo de una chaqueta de lana gruesa que ahora permanecía unida a su cuerpo tan sólo por la manga izquierda. Limpié su cara y la volteé hacia mí. La comisura de sus labios dibujaba una casi imperceptible

sonrisa, ese gesto que la acompañaba siempre como un rasgo más de su rostro, incluso en la hora de la muerte.

Ahí afuera siguen sonando las olas, esa última ha sido la cuarta, todavía hay tiempo. Esta noche tengo guardia y he aprovechado para anotar estos recuerdos. Hace un rato me estaba preguntando qué habrá sido por fin el hijo de Fana, ¿niño o niña como ella quería? ¿Estará en Koulikoro? La noche es larga cuando se está de guardia. Da tiempo a pensar en todo. A pensar demasiado. De momento voy a terminar estas líneas junto al nombre de Fana, en mi cuaderno. Mañana vendrán otros nombres, otras historias. Quién sabe, si me quedo aquí el tiempo suficiente, si consigo aguantar este recuento, un día puede que los cayucos traigan hasta este puerto a otra Fana que tenga la misma sonrisa infalible de su madre. Estoy cansado, pero no tengo ganas de dormir. Tampoco podría hacerlo aunque quisiera. No es por la guardia, es por la pesadilla que desde hace cuatro noches me atormenta: Estoy al volante de un camión sin frenos y Fana se cruza en mi camino... y yo no puedo hacer nada para evitar aplastarla.

## Segundas partes

*para Antonio Sarabia*

Se la presentaron en la inauguración de una exposición de pintura, durante un viaje a Puerto Vallarta. Era alta y flaca, llevaba el pelo corto y teñido de rubio y un breve y ajustado vestido rojo cerrado por una provocadora cremallera que ascendía, desde los muslos hasta el escote, como una invitación al pecado. Me contó que al verla casi se quedó sin aliento.

— Tenía la boca grande y sonriente — me explicó mientras su propia boca se abría en una sonrisa evocadora — y los ojos le brillaban de un modo que ni te imaginas. Y me miraba a mí. Así, directamente, como diciéndome: ¿a qué esperas?

Él no quiso esperar ni un minuto más. La invitó a tomar una copa después de la inauguración y ella dijo que sí. Acabaron subiendo las escalinatas del “Café des Artistes” para platicar mientras sorbían una margarita bien cargada de tequila y esperaban que les asignaran mesa. Por la ventana se veían las luces de las camionetas rancheras que circulaban por las estrechas calles amenazando con llevarse en sus parachoques la cal de las paredes. Ella le dijo que se llamaba Marieta justo en el momento en

que dos conductores se enzarzaban en una agria disputa a la puerta del café, y él pensó que aquel nombre sólo podía designar a quien viviera bajo los dictados de la pasión.

— Siempre me han perdido las películas románticas — me confesaría más tarde, — esas mujeres que se entregan en cuerpo y alma y que tienen nombres que invitan a soñar. Como Ilsa o Lara, ya sabes, Casablanca, Doctor Zhivago... Es que tengo alma de atole, no lo puedo evitar.

Tantos años de vida en Guadalajara habían terminado por llenarle el habla de términos mexicanos y apenas si quedaba ya rastro alguno de su original acento español. Así, entre ni modos y órales, me vino a decir que aquella noche prometedora, tras la cena en el “Café des Artistes”, había terminado sin otra cosecha que un beso de despedida a la puerta de la casa donde ella vivía, eso sí, tan apasionado como si estuviesen sentados al borde mismo de la cama. Él hubiera querido ir más allá, pero al menos era un primer paso.

Sin embargo, lo que prometía ser la obertura de un romance se convirtió en el continuo de una relación que no llevaba a ninguna parte. A veces, ella recostaba la cabeza sobre su hombro y apretaba con fuerza el brazo de él contra su pecho palpitante, sentados ante la imagen arrebolada del atardecer del Pacífico. Pero, de un modo u otro, la velada se resolvía sin ir más allá de unos besos apasionados.

— Al cabo de un par de semanas me sentía avergonzado de mí mismo. Era como si hubiera regresado al tiempo de la adolescencia. Ella parecía estar a gusto así, actuaba como si estuviera viviendo el colmo de la pasión y si ha-

bía que medirla en la calentura que provocaba, pues igual sí que la vivía. Claro que para mí no era lo mismo, yo me quedaba con las ganas y lo peor es que creo que, en el fondo, ya había empezado a intuir que no podía esperar nada más de ella, pero ni modo... Era incapaz de dejarla.

Él se resistía, pues, a admitir que la intensidad y el ardor que había en cada uno de sus besos, incluso en el menor roce de sus manos, pudieran no terminar por desbordarse sobre unas sábanas. Por eso un día se animó a proponerle que pasaran la noche juntos. La invitó a su hotel y, para su sorpresa, ella dijo que sí. Subieron a la habitación tomados de la mano, se desnudaron con premura y rodaron sobre la cama como una pareja de luchadores. Él sintió al fin bajo las manos la tersura de sus pechos desnudos. Ella deslizó sus dedos por el vientre de él, tocó su sexo brevemente, como si temiera quemarle, y entonces empezó a hablar. Habló de su infancia, de su trabajo como galerista de arte, de sus hermanos, de un primer novio que la dejó preñada, del aborto que tanto la había angustiado, de sus vacaciones en Italia, de la pintura metafísica de Giorgio de Chirico, del vuelo de las fragatas que se acercaban por las mañanas a beber agua en la alberca de su casa, de la escultura de un búho que tuvo que poner allí para espantar a las aves, del nuevo coche que acababa de comprar... Y, mientras hablaba, las manos de Marieta permanecían inertes o a lo sumo se levantaban brevemente en el aire para remarcar brevemente alguna frase, y ella misma no daba muestras de notar las caricias insistentes de su acompañante.

Cuando él se hallaba al borde de la desesperación, con el deseo tan perdido como un diente de leche, ella hizo un alto en su monólogo, cerró los ojos y dejó que su cuerpo respondiera al fin a las manos que lo recorrían con un orgasmo breve y contundente, que más parecía respingo por haberse pillado los dedos con una puerta que manifestación de placer. Y no hubo más nada.

—Marieta se quedó dormida casi de inmediato —me contó, todavía con un dejo de resquemor en la voz, y yo me fui al cuarto de baño, a ver si podía aliviarme las ganas por mi cuenta, pero ni modo...

Se sentía ridículo, pero no quería darse por vencido. Sin embargo, aquel absurdo jugueteo, que nunca llegaba a consumarse de modo que él obtuviera alguna satisfacción, duró el mes que permaneció en Puerto Vallarta. Por fin regresó a Guadalajara sin despedirse de ella, tras no acudir a la última cita so pretexto de un ineludible compromiso. Había decidido olvidar aquella frustrante aventura. Punto y final.

No habían transcurrido seis meses de aquel viaje cuando, a pocos metros de su casa de Guadalajara, se inauguró una nueva galería de arte cuya propietaria resultó ser la misma Marieta que trataba de olvidar. Y, cual si de enredaderas se tratase, sus vidas volvieron a trenzarse de forma inextricable. Se encontraron en la terraza de un discreto restaurante, ella habló apasionadamente del destino y él se emborrachó de nuevo con sus palabras y sus caricias. Pero las citas que se siguieron no hicieron sino repetir el ritual consabido. Él se dejaba llevar, movido cada vez más por el asombro que por el deseo, pues en el cumplimento

de éste, como en la llegada del lobo tantas veces anunciado en el cuento infantil, ya no podía creer. Estaba convencido de que Marieta ni siquiera era capaz de imaginar que el placer de un hombre tuviera nada que ver con lo que ella hiciera.

Sin embargo, no tardaron en empezar a llegarle noticias de otros amigos que le hablaban de los breves pero intensos romances que habían mantenido con su nueva vecina, ignorantes de la relación que a él la unía. En un primer momento, dudó de la veracidad de tales cuentos, le parecían habladurías de macho con las que sus amigos trataban de presumir, pero los detalles le convencieron e incomodaron de una forma que no sabía explicarse. Porque no se trataba de celos. Y eso también le sorprendía, porque él no era hombre que se dejara levantar una hembra sin dar la cara. Sin embargo, el único dolor que tales historias le provocaban nacía de la sospecha de que su ridículo idilio, con sus tormentos de deseos insatisfechos, tenía que ser un castigo por alguna oscura y olvidada afrenta que ella, por alguna no menos oscura razón, había decidido cobrarse a su costa. Aquella idea le hacía sentirse humillado y le trajo a malvivir durante meses, hasta que aprovechó la oportunidad que le brindaba el grupo editorial para el que trabajaba y aceptó venirse a trabajar a España.

Volvió a partir sin despedirse de ella. Tan sólo una nota escueta que él quiso que fuera afectuosa, pero en la que no pudo evitar que se asomara el rencor: "Regreso a mi país, Marieta. Todo lo bueno de estos meses te los debo

a ti, pero también todo lo malo. Creo que por el bien de ambos ha llegado la hora del olvido”.

Durante dos años, su nueva vida en Madrid no sólo le sirvió de alivio sino que le abrió la puerta a una verdadera relación sentimental, con una compañera de trabajo, que concluyó en boda. Sin embargo, el fantasma de Marieta, con la insistencia que siempre tiene la insatisfacción, le perseguía aún con tal saña que no había caricia, beso o paseo con su esposa que no terminara por traérselo a la cabeza, siempre en forma de incógnita, como si un hombrecillo que le habitara dentro se empeñara en preguntarle: “¿Ella habría gemido también así, si me hubiera dejado amarla? ¿Ella habría sabido acariciarme después del amor de esta manera? ¿Ella habría paseado de mi mano tan alegre después de amarnos una noche entera?”. Y el desasosiego que tales pensamientos le despertaban no dejaba de desconcertar a su esposa, que no barruntaba qué era lo que tan inopinadamente cambiaba el humor de su marido.

Una noche, según me contó él mismo, durante una cena con unos amigos alguien hizo la broma de sugerir que, de igual modo que se nos presenta a desconocidos, debería haber un ceremonial para despresentárnoslos en caso de necesidad, devolviéndolos a su condición de extraños. La idea hizo reír a todos, pero él siguió repitiéndosela en su cerebro aquella noche y en los días sucesivos, hasta que un anuncio le puso sobre la pista de mi gabinete de psicología.

Hace seis meses tocó a mi puerta, tras pedir una cita, y lo primero que hizo, nada más presentarse, fue pregun-

tarme si había alguna manera de desconocer a una persona. Yo le respondí que, en realidad, todos éramos desconocidos, incluso cada uno de nosotros para sí mismo, pero él negó vehementemente con la cabeza:

– No me refiero a eso, no. Yo hablo de olvidar a alguien. De ser incapaz de recordarlo. De borrarlo para siempre de la memoria, como si nunca lo hubiéramos conocido.

Tardé un momento en comprender exactamente lo que me estaba pidiendo, me parecía extravagante, pero me di cuenta de que su ansiedad era cierta, así que le dije que no había fármacos para eso, aunque podíamos probar con la hipnosis. Era un remedio clásico, pero aplicado a su caso resultaría todo un experimento científico. Al fin de cuentas, si existía la amnesia accidental, ¿por qué no intentar generar una amnesia voluntaria? Era un verdadero reto, aunque no podía garantizarle ningún resultado. La primera condición para intentarlo era que antes me pusiera al día, con todo detalle, de lo que quería olvidar. Así, durante días, fue contándome su historia, y yo no pude evitar que me naciera una instintiva simpatía hacia él. La verdad es que no estaba muy seguro de que aquello fuera a funcionar, pero al escuchar su relato concluí que merecía la pena intentarlo. También era la ocasión de hacer historia en mi profesión e inaugurar una nueva vía terapéutica. Mi prestigio y mi curiosidad se convirtieron en los aliados de la simpatía hacia mi paciente. Una alianza muy útil porque el proceso iba a ser largo y difícil.

Fueron necesarias muchas más sesiones de hipnosis de las que había previsto al inicio porque había que desmontar la estructura de la memoria con la meticulosidad con

que se desguaza un rascacielos en medio de la ciudad, retirando pieza a pieza sin que el conjunto se desmorone sobre los edificios vecinos ni los cascotes caídos causen daño a nadie. En cada sesión intentaba convencer a su memoria de que borrara no sólo los recuerdos de su historia con Marieta sino incluso los detalles que pudieran despertarle de nuevo esos recuerdos. Un verdadero laberinto de imágenes, palabras, sensaciones y emociones que había que ir sellando con sumo cuidado. De ese modo, le di nuevas pautas para que el “Café des Artistes”, los callejones estrechos, las mujeres rubias y de pelo corto, las rancheras grandes, los atardeceres frente al mar o determinado tipo de habitaciones de hotel se asociaran inmediatamente a otros recuerdos, que actuarían como puertas que cerrarían el paso a aquello que deseaba olvidar, desviando su memoria hacia otros recuerdos asociados y alejando así el peligro de que el fantasma de Marieta pudiera encontrar algún agujero del pasado por el que colarse de nuevo en su conciencia.

Trabajamos duro, pero hace dos meses que concluimos el tratamiento con un total e insospechado éxito. Eran tantas sus ganas de olvidarla que no hubo forma de hacerle recordar que alguna vez había conocido a alguien llamado Marieta. Además, quedamos como buenos amigos pues, aunque él recordaba que había contratado mis servicios —yo le había inculcado la vaga idea de un tratamiento antidepresivo relacionado con la añoranza de México—, sentía que tenía hacia mí una deuda de gratitud que iba más allá de la relación profesional. Por mi parte, él había dejado de ser mi paciente, así que no sentí que violara nin-

gún principio deontológico al cultivar su amistad. Empezamos, pues, a vernos con cierta frecuencia, para charlar de la vida y para jugar al golf, que es pasión que compartimos. Yo me sentía tan satisfecho de los resultados obtenidos con el tratamiento que incluso comencé a redactar un artículo para la *Revista de Psicología*, dando cuenta del mismo y de sus posibilidades. Estaba ansioso por escuchar el aplauso de los colegas.

Todo parecía marchar bien hasta que ayer volví a verle. Tomamos una cerveza en el bar del Círculo de Bellas Artes y hablamos de pintura, de literatura y de mujeres, como tantas otras veces. Y yo comprobé con satisfacción que ni la menor sombra de Marieta se asomaba a nuestra conversación. Entonces me dijo:

—Hablando de mujeres, acabo de conocer una que está como para perder la cabeza. Es alta y flaca, con el pelo corto y teñido de rubio, y llevaba un vestido de quitar el hipo. Me ha dicho que es mexicana y que acaba de abrir una galería de arte en Madrid.

Yo le miré con incredulidad. No era posible. Tenía que ser una coincidencia.

—Lo más curioso —continuó— es que cuando la saludé ella me llamó por mi nombre. Le pregunté si nos habíamos visto antes y ella me dijo que no me hiciera el misterioso, pero estoy seguro de que no la conozco. Pregunté y me dijeron que era galerista en Guadalajara, fíjate qué casualidad. Igual allí nos cruzamos alguna vez. Fue algo muy extraño. La verdad es que me miraba de una forma muy rara, como riéndose. Y la verdad es que me

puso muy nervioso. Te juro que tuve que hacer un esfuerzo por recordar que soy hombre casado... Es una mujer misteriosa, yo creo que busca algo. En fin, tú me dirás qué te parece...

— Pues no sé cómo, así sin verla... — me excusé, ya francamente atemorizado, pero él me interrumpió.

— Claro, hombre, pero es que te la voy a presentar. Va a venir ahora. He quedado con ella para tomar una copa, pero no me dejes beber mucho porque no me fío de mí y esta noche además tengo que llegar pronto a casa: mi mujer ha invitado a unos amigos a cenar.

Me levanté sobresaltado y pretexté una cita urgente de trabajo para poder abandonar el café antes de que ella llegase. Esta noche me ha costado dormir. Quizás debiera haberme quedado con él, pobre, tan indefenso, pero me he estado repitiendo que un psicólogo no debe implicarse tanto con un paciente, porque los pacientes lo son más allá de la duración del tratamiento, y además no es asunto mío lo que él haga de ahora en adelante con su vida. Sólo he logrado conciliar el sueño cuando empezaba a amanecer y aun así no he dormido más que un par de horas. Pero al despertar tenía clara una cosa: debo dejar para más adelante la escritura del artículo para la *Revista de Psicología*. Es prematuro. Este nuevo tratamiento tiene todavía inesperados efectos secundarios.





## Karla Suárez

### Joni Mitchell estaba cantando Blue

*Blue, here is a shell  
for you  
Inside you'll hear  
a sigh  
A foggy lullaby  
There is your song  
from me*

Joni  
Mitchell (Blue)

Joni cantaba un blues en la habitación del otro lado. Del lado de acá estaba yo tarareando. Entre mi habitación y la de Joni había un pasillo largo. En el pasillo estabas tú que caminabas de un lado a otro y volvías a empezar. Murmurabas frases entrecortadas y rabiosas. Bufabas una inconformidad apenas declarada. No sé qué te pasaba, pero de seguro debería ocurrirte algo como cada noche. Mientras tanto, yo era toda oídos (para Joni). Tú caminabas así, como si de tanto andar se hiciera un surco grande que atravesara los pisos más abajo y te llevara al centro de la tierra y en el centro de la tierra quizá encon-

trarías algo que aquí arriba, ciertamente, no te empeñabas en buscar.

Joni cantando y yo cerré los ojos. Cerrar los ojos es transportarse hacia otro sitio. Es colocarse en el lugar justo, donde desde afuera puedes observarte y descubrirte. Tú seguiste caminando y repartiendo colillas por el piso que no se me ocurría pensar quién barrería luego. Mientras, el vecino de los bajos comenzó a golpear levemente porque en su techo se sentían pasos continuados y esto le impedía dormir. Dormir es también transportarse hacia otro sitio. Cuando no se puede dormir uno se molesta y el vecino de los bajos golpeó entonces más fuerte para que cesara el rumor encima de su cabeza.

Nosotros no percibimos el ruido. Joni Mitchell rasgaba la guitarra y sentí que mi concentración alcanzaba un punto extremo. Hay un momento del día en que el cotidiano debe quedar excluido para no morir de estrés. Mi cuerpo astral comenzó a levitar. Tú aplastaste la colilla con el tacón del zapato. El tacón dio tal golpe en el techo del vecino que éste no pudo hacer otra cosa que salir al balcón y pedir silencio a gritos. Tanto aire tenía en los pulmones, que el niño de la vecina de al lado del vecino de los bajos interrumpió su sueño bruscamente y comenzó a llorar. La vecina encendió la luz y fue a calmar al bebé, mientras su marido salió al balcón furiosamente para callar al de al lado que no dejaba dormir a estas horas de la noche.

Joni no cesaba de cantar y tiene una voz tan dulce, que apenas sentí tus injurias cuando por poco te quemabas con el nuevo cigarro que acababas de encender. Tú,

pendiendo siempre de bastones terrenales, sin saber que es más fácil intentar entrar en armonía con uno mismo para alcanzar el equilibrio. El vecino de los bajos discutía balcón a balcón con su vecino, mientras el niño lloraba fuerte, y cada vez más, hasta que la señora de los altos se despertó. La señora de al lado de nosotros, ésa que padece todas las enfermedades. Abrió los ojos en medio de la noche y al sentir el bebé de los bajos y los gritos de los otros, pensó que en el edificio había fuego, gimió aterrorizada y se desmayó. Su nieta se levantó corriendo al sentir el grito y al descubrir a la abuela en el piso, salió al balcón a pedir socorro.

Yo sonreí porque Joni hace con la voz lo que le da la gana. Me permite andarme lejos, un poco lejos de los otros y más cerca de mí misma. En un sitio distante donde sólo hay una voz que canta y todo es consonancia. Tú tosiste como cada vez que fumas en exceso. El vecino de los bajos amenazó al vecino de al lado con darle un bofetón. El bebé lloraba desconsoladamente, pero su madre sintió los gritos de socorro de la nieta de la señora de arriba y también salió al balcón. Su marido invitaba al vecino de al lado a darse unos puños en la calle. La nieta de arriba pedía una ambulancia y entonces en el edificio de enfrente comenzaron a encenderse algunas luces. El padre de los gemelos salió a la calle en pijama preguntando qué ocurría. Los gemelos aprovecharon para salir al portal.

Cada vez que Joni canta siento como si el mundo fuera otra cosa. Y en realidad es otra cosa, un poco más simple, un poco más humano. Sólo que tenemos de-

masiados vicios. Demasiadas preguntas sin respuesta. Un exceso de materialidad y cierto terror a lo precario. Tú fumas y caminas como si no pasara nada, siempre nervioso, sin sentir esta paz adonde me transporto. Sin sentir ni siquiera las malas palabras de la gorda madre de los gemelos para hacerlos entrar en casa en el mismo momento en que el marido de la vecina tiró una maceta al balcón del vecino de los bajos. El bebé gritó más fuerte, porque su madre lo zarandeaba intentando sostener a su marido, mientras la de arriba voceaba tristemente pidiendo una ambulancia y el padre de los gemelos, con ese timbre potente, invitó a los del barrio a telefonar. En esos momentos, claro, luego de las malas palabras de la madre de los gemelos, ya el edificio de enfrente estaba en pie. Unos, de parte del vecino de los bajos. Otros, del padre del bebé. Otros, de la nieta de la señora desmayada. Y otros, en contra de la gorda madre de los gemelos más insoportables de todo el edificio.

No sé por qué tanta gente olvida que existen los poetas, pero Joni no. Ella hace poesía y yo recuesto la cabeza. El último día del mundo existirá un poeta que escribirá la historia. Luego todo tendrá que empezar. Recomenzarán los signos y las emociones. Entonces volverás a caminar y a fumar, pero quizá encuentres soluciones o al menos esperanzas. Hoy sólo caminas mientras el vecino de los bajos sale a la calle acompañado del de al lado y se empieza a sentir la sirena de la ambulancia que viene de muy lejos y toda la cuadra está en pie. Los muchachos de la esquina hacen apuestas por el de los bajos o por el marido de la madre del niño. Y la madre del

niño está también en la calle con una bata transparente y en brazos su bebé, que no cesa de llorar, mientras la madre de los gemelos se acerca para calmarla. Los gemelos aprovechan para salir otra vez y su padre se une a otros hombres fuertes para buscar a la señora desmayada. Las esposas de los hombres fuertes quieren todas consolar a la pobre nieta que ahora grita, porque descubre que su abuela se ha levantado y en medio de tanta confusión ha llamado a los bomberos. Y ya se siente la sirena.

Tan simple Joni. Todo tan simple y cuánto cuesta entenderlo. Mientras sigas cantando para mí, me mantendré a salvo. Las cosas más complejas suelen tener las explicaciones más simples. Transmitir un sentimiento puede resultar lo más natural del mundo y de tan natural necesitamos inventarnos sentimientos ajenos. Cosas difíciles como el silencio y la incomodidad de él que camina por el pasillo y vuelve a aplastar fuertemente una colilla contra el techo del vecino de los bajos. Pero el vecino de los bajos no se molesta, porque acaba de recibir un piñazo en el centro del estómago del puño del padre del bebé, que ahora está en brazos de la madre de los gemelos. Y los gemelos se divierten observando los cuerpos detrás de las batas transparentes de las mujeres que están en la calle. Uno de los esposos de las mujeres dice que esto no puede continuar y llama a la Policía, mientras la nieta de la señora de los altos de los vecinos que viven al lado del vecino de los bajos, trata de disculparse con los hombres fuertes que fueron a socorrer a su abuela. Su abuela siente la sirena y nadie puede definir si es la ambulancia, los bomberos o la Policía.

Es la última canción. Cuando se acerca el final, algo se me queda adentro. Algo que es mío y soy yo. Cuando abra los ojos, el mundo será distinto, Joni. Cada imagen primaria es una imagen diferente y tiene que ser mejor. Tú enciendes el último cigarro y tiras la cajetilla al piso para hacerle compañía al montón de colillas que no se me ocurre pensar quién barrerá mañana. Mañana será diferente. Seguramente el vecino de los bajos recuperará el aire de sus pulmones en el hospital adonde lo conduce la ambulancia. El vecino de al lado del vecino de los bajos pagará la multa que le puso la Policía por escándalo público. Los bomberos se contarán la historia del rescate de dos gemelos subidos en un poste para tratar de verle el blúmer a la muchacha del primer piso del edificio de la esquina. La nieta de la señora de al lado, que vive en los altos de la madre del niño de al lado del vecino de los bajos, dará pastillas a su abuela para que tenga un sueño feliz. El padre de los gemelos peleará con su mujer acusándola de irresponsable y además de haber salido a la calle exhibiendo sus carnes. Los hombres fuertes se darán los buenos días y sonreirán pensando que vieron a las mujeres de los otros casi en ropa interior. Las mujeres irán al mercado a comprarse nueva ropa interior (mejor que la de sus vecinas). Yo volveré a escuchar el disco *Blue* de Joni Mitchell. Tú seguirás fumando. Seguramente mañana será distinto. Ahora el disco ha terminado y yo incorporo la cabeza.

— ¿Te sucede algo?

— Estoy un poco preocupado, cada día que pasa siento que las cosas van peor, no sé, siento que esta ciu-

---

**Otras Miradas**  
dad me asfixia, el mundo todo me asfixia, y para colmo  
se me acabaron los cigarros.

—No te preocupes, mi amor, mañana será otro  
día, ahora vamos a dormir.

## La coleccionista

Él era un famoso cantante de salsa. Ella coleccionaba cosas y hacía algún tatuaje. Él estaba casado con una rica empresaria japonesa. Ella tenía un amante francés.

Se conocieron por casualidad. Ella intentaba convencer al empleado de una cafetería de que cinco centavos no determinaban nada en el precio de una cajetilla de cigarros. El empleado, por su parte, respondía con su amplia sonrisa y una rotunda negativa. Los cinco centavos llegaron de una mano que se extendía sobre el hombro de Ella. Ella miró atrás, sonrió reconociendo el rostro y dijo «gracias» mientras guardaba apresurada la caja de Marlboro. Él sonrió y la invitó a una cerveza. Ella prefirió caminar y caminaron.

—La salsa no me gusta, pero te conozco, todo el mundo te conoce.

Todo el mundo lo conocía porque era un famoso de sonrisa agradable y ojos interesantes. Ella no era famosa, su pasatiempo preferido era coleccionar. Coleccionaba copas robadas de distintos bares, corchos de botellas abiertas en fechas memorables, arena de las playas, lápices raros, velas traídas de iglesias del mundo entero y algunas construidas por Ella, coloreadas con medicinas y

que usaban como moldes cascarones de huevos, tubos de desodorante, cualquier cosa. Cualquier cosa coleccionaba y hacía tatuajes, a veces, cuando le parecía.

—Tengo un amante francés, viene todos los meses y bebemos vino, me regala libros y velas, es escritor.

Él quiso saber su nombre, por si lo conocía, quién sabe, pero Ella se negó.

—Nunca reveles la identidad de tus amantes, además... es casado, como tú.

Los famosos no tienen vida privada. Todo el mundo sabía de su esposa japonesa y suspiró pensando que la libertad es no tener rostro. Andar por la calle sin que nadie te mire y admire el nuevo carro que acaba de regalarte tu mujer, unos años mayor que tú, esa mujer que ya no te interesa y pasa casi todo el año de viaje, como tú, pero en latitudes distintas.

—Ton, ton —dijo Ella golpeando su corazón. Te has quedado tan callado, ton, ton, corazoncito triste, yo pensé que todos los salseros eran bien divertidos.

Él quiso ser divertido y la invitó a un concierto, pero Ella detestaba los conciertos de salsa y la farándula de ropas de boutique, y bajarse de un carro que casi nadie tiene y sentir desde la mesa cómo todos la observan.

—Dime una cosa, ¿qué prefieres, la noche o la mañana?

—Soy músico, animal nocturno.

—¿El invierno o el verano?

—Verano tenemos todo el año, yo prefiero el invierno y basta de preguntas que de periodistas estoy harto.

—Una más, sólo una, ¿los gatos o los perros?

Él sonrió.

— En casa de mi madre tengo dos gatos: Ochún y Changó.

Ella sonrió mordiéndose los labios.

— *OK*, no iré a tus conciertos, pero podemos vernos, a solas...

Y se siguieron viendo. Ella esperaba su llamada después de los conciertos y se iban a la playa, lejos de la ciudad. Él le traía copas y escribía la fecha en los corchos de las botellas que bebían juntos. Luego, y durante y antes y después hacían el amor. Él cantaba baladas a su oído mientras Ella besaba pedacito a pedacito los poros de su cuerpo.

El primer mes que vino el francés, Ella previno la ausencia de una semana.

— ¿Lo amas? — preguntó Él y Ella sonrió sin decir nada. Si no lo amas ¿por qué no lo dejas y te quedas conmigo?

— Ton, ton, corazoncito egoísta, mi escritor viene para verme, cuando regrese la japonesa también tú tendrás vacaciones.

Él quiso decir algo, pero se mordió la lengua. Al otro día le escribió una canción y estuvo esperando toda una semana. Los meses entonces se construyeron a pedazos, una semana para el francés, algunos días para la esposa japonesa, tiempo de giras, el resto quedaba para estar juntos. Cierta vez coincidieron en una Marina lejos de la ciudad. Ella bebía un agua tónica con mucho hielo, junto a la piscina. El escritor francés leía tomando el sol a su lado. Él se bajó del carro y caminó con su esposa del brazo. La empresaria

japonesa reconoció al escritor y se detuvo. Él reparó en Ella. Su esposa acercó la boca para decirle al oído quién era el canoso de la revista. Él asintió callado, no lo conocía. La pareja siguió andando y al pasar junto a los otros, la japonesa hizo un gesto de saludo al escritor que acababa de alzar la cabeza. Él bajó la vista. Ella bebió su agua tónica. El escritor sonrió molesto por ser reconocido.

De aquel encuentro nunca hablaron. Él prefirió callar. Ella besó los poros de su cuerpo y le hizo el amor en español.

— Ton, ton — dijo Él golpeando el corazón. Yo te quiero, ¿sabes?

Ella le regaló una vela con forma de caracol.

Una noche llegó muy feliz. Traía un libro que su escritor acababa de dedicarle. Se vendía en toda Europa y en la primera página estaba su nombre. El libro era de Ella y para Ella.

— Lo hace para agradarte — dijo Él. Yo, de muy buena gana te dedicaría un disco, pero mi mujer querría saber quién eres tú y como dijiste, « nunca reveles la identidad de tus amantes »...

Ella rió complacida, besó el libro y luego besó la boca de su cantante de salsa. Su amante empezó a telefonarla cuando andaba de giras y le hablaba del frío y de las noches y las botellas que compraba para beber con Ella. Al regresar traía periódicos y revistas donde salía su foto, las críticas de prensa, la promoción de los discos y los lápices raros que se había empeñado en encontrar para la colección de Ella. En uno de esos regresos, la encontró un poco extraña, preocupada.

— No es nada — dijo Ella. Necesito colores, debo hacer un tatuaje, pero no tengo colores, es muy importante, ¿sabes?

Él la ayudó a conseguirlos e hizo que desapareciera su tristeza. Estaba feliz. Tatuarse era algo que hacía sólo en ocasiones especiales, algún día, si él quería podría hacer algo en su cuerpo. Ella no tenía ninguno, pero los hacía muy bien, le gustaba.

Una semana después regresó la japonesa y Él dejó de verla. Su esposa permaneció más de un mes en casa y Él sólo consiguió llamadas telefónicas y una corta visita a golpe de malabares. El matrimonio se convirtió en un hastío donde apenas se alcanzaba la armonía cuando hablaban de próximas giras y contratos. La japonesa lo notó demasiado distante y Él culpó al calor. Percibió que en sus nuevas canciones predominaban las baladas y Él aludió «un bache creativo». Descubrió unas velas extrañas encima del armario y Él se justificó con la crisis energética. En el aeropuerto lo abrazó, Él besó su frente deseándole buen viaje y dos segundos después de verla desaparecer tras el cristal, montó en el carro y fue a buscarla a Ella.

Pero Ella no estaba. La noche siguiente se encontraron, y estuvieron felices de tocar sus cuerpos. Ella no sabía que la japonesa había partido y contó que no estaba en casa porque conoció a un cineasta español, un tipo interesante con el que conversó largas horas. Él quería permanecer juntos el mayor tiempo posible y preguntó cuándo venía el francés.

— Ya no vendrá más, se acabó — dijo Ella. Está loco, la última semana dijo que su mujer lo sabía todo, él mismo

se lo contó porque quería abandonar a su familia y llevarme a París para vivir juntos, pero yo no quiero, no lo amo, entonces, se acabó.

Él suspiró con cierto alivio nada disimulado y la abrazó muy fuerte.

— Ton, ton, corazoncito loco, ahora te quedarás conmigo.

Ella sonrió y mojó con su lengua la punta de la nariz de Él. Dijo que quería beber un agua tónica y hacer el amor en las sábanas de la japonesa, y fue la primera vez que se amaron en aquel cuarto. Él no quiso que se fuera al otro día, quiso que esperara en casa a que terminara el concierto de la noche. Y así hizo Ella, lo esperó desnuda y con incienso encendido en todos los rincones. Él regresó muy tarde y vertió ron en el cuerpo que lamió hasta emborracharse. En la mañana, aún desnudos y cansados, le escribió otra canción y no quiso que se fuera. Ella no se fue. Desde su casa vio el concierto por televisión donde estrenaba la música hecha a la mujer más maravillosa nunca antes conocida. Ella estuvo feliz y Él regresó amándola.

Luego vino una corta gira a Japón donde su esposa lo recibió con un posible contrato de seis meses por Europa para promover el disco que recién comenzaba a grabar. Él se entusiasmó, pero no quería a la empresaria japonesa, la quería a Ella. Ella, que lo recibió con una botella de vino español y muchas ganas de su cuerpo, no quiso quedarse esta vez en casa. Él comenzaba a grabar y permanecía casi todo el día en el estudio. Acordaron verse cuando el trabajo diera espacio. Él dejaba todas sus energías en cada canción. Pen-

sando en Ella haría bailar al mundo entero, haría estremecer a la vieja Europa.

El día que terminó la grabación fue a buscarla con flores. Compró una caja de ron, dos de agua tónica y propuso grandes celebraciones. Se encerraron en el cuarto. Él puso la contestadora telefónica y bajó el timbre del teléfono. Ella quemó incienso y se quitó la ropa. Cuando la primera botella estaba casi terminada, Él dijo que tenía una sorpresa.

—Me tienes loco, estoy loco —dijo. Cambiaste mi vida, me viraste al revés y no es justo ocultar lo que siento... el disco está dedicado a ti, ya están imprimiendo, tu nombre va a salir en la carátula de un disco que se venderá en todo el mundo —sonrió y dio golpecitos en el corazón de Ella. Ton, ton, estoy enamorado, corazoncito loco...

Ella abrazó su cuello lamiéndole las orejas. Se estremeció porque las manos de Él volvían a recorrer su espalda y la envolvían toda. Besó sus labios.

—Soy feliz —dijo apartándose un poco. Quiero darte algo muy importante, quiero pedirte una cosa que nos mantendrá unidos para siempre, quiero estar en ti para siempre... déjame hacerte un tatuaje.

Él sintió una emoción extraña y se mordió los labios. Bebió de la botella, casi a punto de estallar de la alegría y aceptó. El dibujo era en la nuca, un extraño dibujo, pequeño, particular. Cuando terminó, estaba borracho y exhausto por la posición de la cabeza y las tantas horas sin dormir. Ella acarició su rostro, y se levantó a beber agua tónica, mientras lo veía adormecerse.

La gira de seis meses por Europa quedó confirmada para el mes siguiente. El disco estaba a punto de salir.

La japonesa vino a ultimar detalles y partió con la promesa de una larga conversación cuando terminara el ajetreo, a causa del raro comportamiento de su esposo en los últimos tiempos.

— Este disco será un éxito, lo sé — dijo Él tendido sobre la arena mirando el atardecer.

— Cambiará tu vida, te lo auguro — dijo Ella, tendida junto a Él.

— Cambiar... — dijo Él y giró su cuerpo para mirarla. Ton, ton, corazoncito mío... estaba pensando, ¿qué tal si vienes conmigo?, seguimos juntos, al diablo mi matrimonio, yo te quiero a ti.

Ella se incorporó y estiró la espalda. Sonrió.

— Se acabó, yo no te amo.

Él cerró los ojos y volvió a abrirlos. Algo dijo, pero Ella lo interrumpió agregando que además tenía otro amante, no diría su nombre, era un cineasta español, sólo eso. Tampoco le parecía una buena acción eso de abandonar a la empresaria japonesa en medio de una gira tan importante. Él se frotó la cara, no quiso creer.

— Pero ¿y entonces? todo esto... lo nuestro...

Ella le acarició el rostro y se levantó sacudiéndose la arena. Dijo que no se preocupara por acompañarla, no era tarde, y su amante español vendría a recogerla muy cerca de allí. Él se levantó para decir algo pero terminó tragando en seco.

— Ton, ton, corazoncito tonto — dijo Ella golpeándole el corazón. ¿Alguna vez dije que te amaba? — besó su mejilla húmeda de sudor y dio unos pasos — ¿Sabes?,

es que... yo colecciono personas, me gusta, es en verdad mi pasatiempo preferido... tú que andas por el mundo podrás reconocer mi marca, hay muchos por ahí con ese dibujo en la nuca... —sonrió— Y todos son famosos...

Él era un famoso cantante de salsa y la gira por Europa fue todo un éxito. Ella coleccionaba personas y les tatuaba su marca. Él estaba divorciado de una rica empresaria japonesa. Ella tenía un amante.





# Kike Ferrari

## Un paso atrás

“It all comes down to what you  
had and what you lost.”

J. Ellroy

*round uno*

Una cuadra antes, cuando una paloma le cagó la solapa del saco azul, el Oso Villagra supo que iba a ser un día de mierda.

Ahora levanta la vista al pedazo de cielo plumizo que el enjambre de edificios deja ver y maldice por lo bajo. A su suerte, a Peralta, a las palomas y a la puta madre que lo parió.

Después sigue caminando hasta la esquina mientras, con un pañuelo sucio que encuentra en un bolsillo del pantalón, intenta limpiarse la solapa. Pero sólo consigue un enchastre peor, una condecoración entre verde y amarilla construida con mierda de pájaro y mocos viejos.

Apenas enfila por Morelos ve al grandote en la puerta.

Nuevo, piensa, mientras se acerca.

— Vengo a ver al Señor Peralta — dice.

— Vos debés ser Villagra, te están esperando.

Debés ser, repite el Oso, contento de que haber acertado y que el grandote sea nuevo. En este laburo, piensa, reconocer la forma de caminar, de pararse, la silueta de un cuerpo a la distancia, es más importante que recordar las caras.

– Pasá – dice el grandote, abriendo la puerta y haciéndole lugar.

Y una vez que pasan:

– Las manos, por favor.

El Oso levanta los brazos y se deja palpar mirando para otro lado, como si no le importara. Conoce las reglas.

– Listo – dice el grandote – pasá, creo que tienen trabajo para vos.

– ¿Ah, sí? Vos sos nuevo, ¿no?

– Hace menos de un mes que estoy.

– Bueno, tendrías que hablar menos, pibe – sugiere el Oso antes de seguir camino. Y no escucha al grandote que a sus espaldas murmura sí, justo vos me venís a dar consejos.

Cuando pasa junto al busto del General y después de persignarse, el Oso se besa dos dedos de la mano derecha y los apoya en la sonrisa de bronce. Después duda ante las escaleras, pero decide subir por el ascensor. Son tres pisos.

Estamos viejos, piensa mientras lo espera.

Una vez en el ascensor se mira en el espejo. Los bigotes encanecidos, las bolsas bajo los ojos. La mancha de mierda y mocos en la solapa.

Qué cagada, piensa.

*round dos*

Entra sin llamar, ya con el saco en la mano. Mabel lee una revista de chimentos.

–Hola, Rubia.

–¿Qué hacés, Oso? –contesta Mabel, sin dejar de leer.

–Lindo muñeco pusieron en la puerta, eh.

Ahora sí lo mira. Hace una mueca que puede querer decir sí o no o a mí qué me importa.

–¿Cómo estás vos? ¿Cómo anda todo por acá? – pregunta el Oso prendiendo un cigarrillo.

–Bien. Qué sé yo. Aburrida. Acá no pasa nunca nada.

Nunca nada, piensa el Oso. Paladea el humo.

Nunca.

Nada.

–¿Está? –pregunta.

–Sí, ya te anuncio. Apagá eso, ¿querés?

–¿Vos también, Rubia?

Ella se encoje de hombros y vuelve a la revista. El Oso se sienta en uno de los sillones, justo frente a la fotografía en la que el hombre de bigotes, sonriente, sostiene el paraguas en alto.

Qué épocas, piensa. Y apaga el cigarrillo.

Mabel termina lo que estaba leyendo y se arregla un poco el cabello antes de ir a anunciarlo. Tiene una pollera gris.

Se le está viniendo abajo el culo, piensa el Oso, todos nos estamos viniendo abajo.

Mabel vuelve enseguida.

– Dice que pases.

*round tres*

– Bueno, contame.

Peralta siempre empieza así. No importa si él te llamó, si él es el que tiene algo que decirte, ni las putas ganas que tengas de estar ahí: contame.

– No, mucho, jefe, lo de siempre. Los chicos en la escuela, la nena ya termina la secundaria...

– Victorita...

– Sí, la Vicki. Y el pibe, Juancito, ya está en segundo. Terminamos de construir el quincho. Eso. Todo tranquilo, gracias a Dios.

– Bueno, mejor así, Oso, mejor así. Qué grande Juancito, segundo año... Qué lo parió, ¡cómo pasa el tiempo! Y Victoria, che, parece mentira... Menos mal, Oso, que te salieron derechos... Con tanta falopa, tanta porquería, dando vuelta... Pero ellos estudian, ayudan en tu casa, la piba que hace danza en la escuela de Castelar, Juancito que sigue con la barrita de amigos del barrio y jugando al *pool* en lo del Poyo... Pibes sanos, una tranquilidad para vos y para tu jermu, que ya bastante tiene con sus viejos...

El Oso se tensa en la silla. A Peralta siempre le gusta dar vueltas, hablar de boludeces antes de entrar en tema, pero no entiende a qué viene esta conversación.

– Por acá, en cambio, las cosas están más bien complicadas, – dice Peralta y le señala con el mentón el diario doblado sobre el escritorio. – Entre el quilombo con el Grupo y el pibe ése que se cargó la gente de García;

los medios, los jueces, todos tienen un ojo puesto encima nuestro todo el tiempo.

El Oso no dice nada. Mira el diario. Trata de que no se le escape ni un gesto. La puta que lo parió. Creyó que se lo iban a dejar pasar. Fue un accidente. Y además la macana fue más de Riccardi que suya. Él prefiere laburar solo, Peralta ya lo sabía.

–No nos podemos equivocar así, Oso, ahora estamos en la tapa de los diarios...

–Jefe – intenta el Oso, pero Peralta sigue como si no lo hubiese escuchado o acaso no lo escucha.

–Pero no es de eso de lo que te quería hablar. ¿Querés un café? El tema son las vacaciones.

Hay un paréntesis mientras esperan el café. O eso cree el Oso. Con Peralta nunca se sabe, piensa.

Hablan de boxeo.

–¿Te acordás de Martillo Roldán?

–Cómo no me voy a acordar, jefe. Era una aplanadora, tiraba paredes con esa piña.

–Sí, pero era un mal definidor, Oso. Y es porque no sabía dar el paso atrás, tomarse unos segundos para pensar, apuntar y golpear firme y claro. Acordate de la pelea con Hearn.

Llega Mabel con los cafés.

El Oso piensa en la pelea Hearn-Roldán. La Cobra de Detroit contra el Martillo de Freire. Iba poco menos de un minuto del tercero cuando Martillo lo encontró con una zurda en la pera. Hearn trastabilló, con la mirada extraviada y las piernas flojas, pero en la desesperación por liquidarlo Roldán se abalanzó y entonces el yanki pudo

trabarlo. En el *round* siguiente el que colocó las manos fue la Cobra. Quien sí dio un paso atrás, sí pensó, sí lo liquidó. Dos derechas a la sien y a cobrar.

–Una de azúcar, ¿no, Oso?

–Olvidate, Mabel –dice riendo Peralta– ¿sabés lo que es la mujer del Oso? Una máquina la Rita. Y no para, eh. La casa, los pibes, un par de veces por semana va a ver a los viejos a Ramos y todavía le queda tiempo para ir al gimnasio ése de 25 de Mayo... Además es una profesional, licenciada o algo. No, un infierno la Rita, creeme.

Mabel resopla. No pensarán que me quiero coger al Oso, piensa. Sonríe, negando con la cabeza. Y se va.

*round cuatro*

–Después de que se retiró, –sigue Peralta– Roldán se puso gordo como un cerdo. Nunca pudo ser campeón del mundo, Oso. Pero es el tipo más feliz del mundo, se reconcilió con su familia, vive en el campo, siempre anda de cacería y asado con los amigos. Eso debe ser vida, ¿o no?...

–Linda vida...

–¿Hace mucho que no vas a cazar, Oso?

–Uf, bastante. Más de un año debe hacer.

–Pero seguís teniendo el campito, allá en Lobos.

–Sí, lo que pasa es que la última vez tuvimos un accidente...

–Sí, me enteré, al otro muchacho se le disparó una escopeta...

–Mi cuñado. No pasó nada igual, fue más el susto.

–¿Y de esa vez no fuiste más?

–No. Las mujeres quedaron asustadas. Justo estaba la familia. Mala suerte. Yo suelo ir solo a Lobos, a lo sumo con mi cuñado, porque no me gusta que haya nadie alrededor cuando estoy cazando. Pero justo esa vez habíamos ido con la familia. Y los chicos se asustaron bastante y las mujeres se pusieron como locas: que es un peligro, que un día se van a matar...

–Es que hay que preservar a la familia, Oso, y hay que tener cuidado con los accidentes – dice Peralta terminando el café y levantando el diario de arriba del escritorio– o terminamos escrachados en primera plana...

–Jefe –intenta el Oso por segunda vez, pero Peralta vuelve a interrumpirlo.

–Me voy a ir de vacaciones, Oso, y hay algunas cosas que me gustaría que estuvieran resueltas cuando vuelva.

Hace una pausa, Peralta, se pasa las manos por la cara, con un gesto de cansancio, pero enseguida deshace el gesto con una sonrisa.

–Ya sabes cómo es: primero la Patria, después el Movimiento, por último los hombres. Pero para que el Movimiento funcione por la Patria los hombres tenemos que estar frescos.

El Oso asiente. Sigue esperando instrucciones.

–Tomate unos días vos también. Desenchufate de todo: del laburo, de la familia, de todo. Andate a Lobos, solo. Dedicate a cazar, a pensar. Tenemos que dar un paso atrás, Oso, el paso atrás de Hearn, ¿me entendés?... – dice Peralta y se levanta.

Es obvio que la reunión terminó. Se estrechan las manos. Peralta vuelve a sentarse y a mirar el diario sobre el escritorio.

–Cuando salgas, decile a Mabel que lo llame a Riccardi, haceme el favor.

–Sí, cómo no – responde el Oso.

Da unos pasos hacia la puerta y se vuelve.

–Perdone, jefe, pero cuando me llamó creí entender que tenía un trabajo para mí...

Peralta levanta la vista. Hay en su cara un gesto de asombro genuino.

–Ay, Oso, en serio estás jodido... ¿No entendiste nada de lo que te dije? –hace una pausa y después dice remarcando cada palabra–: Andate a cazar. Solo. Acordate que acá queda tu familia. Y hazelo parecer un accidente.

## La frontera del azar

“I lived at the intersection of two worlds”

R. Macdonald

Después silencio. Punto muerto. Un callejón sin salida sobre la bruma del río de la Triple Frontera. Líneas de fuego cruzadas en una barca que se mece en el medio del Paraná, separando la culpabilidad de la inocencia, la realidad de los sueños. Un final de historia en el que sólo se oye el rumor de las aguas marrones y el graznido de los pájaros. Y nadie es culpable. Y nadie es inocente.

Se vieron las caras por primera vez hace apenas doce o trece horas.

Lo de las caras, claro, es una forma de decir.

Lo primero que Diego vio de Roxana fue el culo apretado y firme en el *jean* azul. Redondo como una manzana. Después subió por la espalda, encontró un mosquito picándola en la nuca y el rodete de pelo negrísimo. Caetano, en cambio, la vio de frente al llegar: los ojos verde pálido en el rostro anguloso, la boca joven y abundante, las tetas apenas dibujadas bajo la campera. Y desvió rápido la mirada para que el deseo y la larga temporada sin mujer no le jugaran una mala pasada.

Diego y Caetano sí se vieron a los rostros y se saludaron con un breve movimiento de cabeza. Después, separados por unos pocos metros y por las matas de pasto, cada uno de los tres buscaba su manera de enfrentar los mosquitos y la ansiedad.

Roxana caminando. Unos pasos hacia la rivera del río, de vuelta hasta su bolso. Rivera, bolso; rivera, bolso. Y así. Sus diecisiete años estaban llenos de temor y esperanza. Amelia, su mejor amiga, la había llamado desde Posadas. Si lograba cruzar a la Argentina, tenía un trabajo para ella, nada con lo que se fueran a hacer ricas, pero un trabajo, al fin. Compartiendo el alquiler y con el cambio a favor, esa plata le permitiría mandar algo a su madre y sus hermanos cada un par de meses. Roxana sabía de las redes de trata que habían secuestrado ya a varias chicas de Roa Bastos, su pueblo, pero Amelia había estado en Roa Bastos el verano anterior, sola, hasta había llevado fotos y confiaba en que no le haría una cosa así. Además las redes solían usar como anzuelo un trabajo en un bar en el que, supuestamente, se ganaban fortunas por propinas y no un oscuro empleo de empaquetadora en un yerbatal. Por las dudas en su mochila cargaba un pesado revólver que había sido de su padre: si la esperaban para hacerla puta, alguno se iba a llevar la panza llena de plomo.

Caetano, en cambio, cargaba el arma como una extensión del cuerpo, apretada contra la cintura. Sabía que, recién fugado de la cárcel, lo único que tenía –lo que habían podido conseguir los de afuera para él– era un documento falso que no admitía una revisión demasiado exhaustiva, un puñado de billetes y esa Smith & Wesson de

doce disparos. Le dolía un poco el brazo izquierdo que, mal vendado, colgaba en cabestrillo de su cuello y parecía estar roto en dos lugares. Pero llevaba la espera tranquilo, quieto en su lugar. Después de varios años a la sombra, esperar se había transformado en una segunda naturaleza para él. Lo importante ahora era llegar al lado argentino y contactarse con los compañeros que lo esperaban para llevarlo a Buenos Aires. Desde ahí verían cómo recomenzar. Diego también iba para Buenos Aires. Volvía, más bien. Después de un año sin conseguir trabajo había tocado fondo, por lo que, siguiendo la sugerencia de Cacho — uno de los pesados del Barrio y capo de la hinchada del Club — había vendido la moto e invertido todo en una mochila llena de marihuana que, bien fraccionada e inteligentemente vendida, le serviría para vivir por un buen tiempo.

—Llévate esto, por si acaso —le dijo Cacho el día que se iba. Y le dio una Nueve que le había robado a un policía, después de una pelea en la cancha de Chacarita.

Esperaba, Diego, recostado contra su mochila, mordiendo pastos que arrancaba del suelo. Le molestaba la Nueve entre el pantalón y la espalda. Sacó el último cigarrillo de un paquete de Camel y se lo llevó a la boca. Se puso a buscar en los bolsillos de la campera de *jean*, en los del pantalón, con qué prenderlo.

—¿Quer esquero? —le preguntó Caetano.

—¿Eh? —contestó Diego, revisando ahora la mochila.

—¿Quer esquero? —repitió Caetano.

—No sé, loco.

Roxana, que sí entiende portugués, sonrió. El brasileño sacó, entonces, el encendedor de acero con las tres

iniciales del partido que le habían regalado los compañeros chilenos y se lo acercó al cigarrillo apagado.

– Uh, gracias, loco.

Así que intentaron a conversar, como podían – pese a la enorme frontera que supone que Caetano sólo hable portugués y Diego no conciba otro idioma más allá español de su barrio, el *slang* rockero-futbolero de la periferia de la Ciudad – pero tuvieron que dejarlo enseguida. No se entendían.

Pasó una hora y después otra. El atardecer se fue haciendo noche y la luna trepó al cielo y dejó ver su rostro como una mala noticia.

– ¿Ustedes también esperan al boncha éste de la lanchita, no? – preguntó Diego.

Roxana levantó la vista y lo miró fijamente por primera vez. Lindo el kurepi, pensó.

– *¿Você diz o quê?* – preguntó Caetano.

– El chabón, el quía... El tipo éste de la lancha... eh...

Caetano le preguntó, ahora a Roxana, si ella lo entendía.

Ella sonrió, sin responder. Era más lo que adivinaba que lo que entendía de las palabras del argentino, pero se estaba divirtiendo bastante, pese a que se había hecho de noche, no tenía dinero, su casa estaba a más de 20 km. y que como era indocumentada no podía cruzar la frontera legalmente. Y tenía que llegar al lado argentino a más tardar al día siguiente.

– Matute, si ustedes también esperan a Matute – recordó el nombre Diego.

– *Sim* – respondió Caetano que reconoció el nombre del balsero que debía cruzarlo a Puerto Iguazú – mais você não deveria ficar falando nomes, rapais.

– Dice que tu no tendrías que andar diciendo nombres – tradujo Roxana y dirigiéndose a Caetano –, *mais eles som assim mesmos, fofuqueros, babacas*.

– Con o sin nombres, estamos en la misma y hasta las pelotas – respondió Diego.

Se miraron. Caetano sacó cigarrillos y convidó. Fumaron en silencio, los tres.

– *Ele não vem* – decidió Caetano, al rato.

– *No, añaracope guaré* – dijo Roxana, golpeándose una pierna con la palma de la mano.

– Conchaesumadre – opinó Diego, y se quejó –, encima los mosquitos me están matando.

– *Vamos cantar alguma coisa o convite é meu* – propuso Caetano.

– ¿Qué?

Roxana tradujo la invitación a comer.

– Joya, yo puedo pagar una birrita – dijo Diego.

Así que levantaron sus bolsos del pasto y subieron caminando hasta Ciudad del Este, buscando un bar y un plan B que les permitiera cruzar.

Habían comido una kyrype acompañada con chipá y vaciado dos botellas de cerveza cuando Diego dijo – aunque en realidad le quedaban un par de monedas y un billete de diez – que se había quedado sin un centavo. Apenas el boleto de micro que lo llevaría a Buenos Aires, si de alguna manera lograba cruzar el río.

– *Precisamos um bote*.

– Dijo un bote, ¿no? – supuso Diego y los dos lo felicitaron con la mirada.

– ¿Alguno de ustedes sabe manejar una pequeña lancha a motor? – preguntó de pronto Roxana – me acabo de acordar de mi primo Obdulio: él tiene una y quizá nos la pueda prestar, pero seguro que no va a querer cruzarnos.

– ¿Por qué?

– Po-li-cí-a. – dijo Roxana, de manera tal que los dos entendieran, y a Diego – Él con un brazo roto no va a poder, ¿tú sabes manejar una lancha?

– Sí, sí.

– Necesito algunas monedas para hacer un llamado, entonces. *Moedas, para ligar por telefoni.*

Caetano sacó un puñado del bolsillo y las dejó sobre la mesa.

– *Deixa a mala* – dijo apoyando el pie sobre el bolso de ella.

– Ya vengo.

Vieron, los dos hombres, cómo la muchacha se alejaba. Intranquilos. Ansiosos. Un montón de cosas se jugaban en esa llamada. Otra cerveza. Roxana volvió sonriente al cabo de unos pocos minutos. Prendieron cigarrillos. Caetano levantó la botella vacía para llamar al mesero.

– A las cinco de la mañana – dijo en español y portugués.

Brindaron.

– Buenísimo, sólo tenemos qué ver dónde joraca pasamos la noche, yo tengo un montón de faso en la mochila – dijo Diego apurando la cerveza.

A Roxana cada vez le parecía más lindo aquel muchacho desesperado y torpe, pero lo que la tranquilizaba

de alguna manera era la presencia del brasileño cuarentón. Caetano no se moría de ganas de encerrarse con un novato con una mochila llena de marihuana ni mucho menos, después de tantas noches sin mujer, con esa hermosa chica de boca joven y abundante a la que — imperativos morales de la militancia — no se podía ni acercar, pero más peligroso era andar con aquellos dos dando vueltas por ahí. Además ella tenía el contacto de la lancha y con su brazo roto el único que podía manejar era el argentino. Eso sin contar con que no tenía idea de si lo buscaban, si sabían para dónde se había escapado.

— *Nao tenho muita grana, mais posso pagar um quarto onde ficar a noite* — dijo e hizo el gesto que significa yo, señalándose el pecho; el de dinero, frotando los dedos índice y mayor contra el pulgar; el de nosotros, dibujando dos veces en el aire un círculo que nacía y moría en él; y el de dormir, juntando las palmas de sus manos horizontalmente y apoyando la cara encima con los ojos cerrados; por si no lo habían entendido.

— Por mí, está bien.

Pagaron lo consumido y compraron una botella de grapa para llevar. En ese momento entró un vendedor de lotería. Tenía boletos de los tres países. La de argentina pagaba tres millones de pesos y se jugaba esa noche.

— Si ponemos un peso cada uno... — propuso Roxana y dejó su último billete de diez guaraníes. Caetano, pensó por qué no, y cubrió su parte. Después de revisar todos los recovecos de su equipaje, Diego encontró dos monedas de 25 centavos y una de cincuenta y las sumó. Habían llegado a la frontera del azar.

Compraron el boleto. Roxana lo guardó en el bolsillo externo de su bolso. Después salieron a buscar un hotel que los recibiera sin hacer demasiadas preguntas. Al tercer intento tuvieron suerte, aunque lo único que consiguieron fue una habitación con una sola cama. De una plaza. Roxana dijo que sí con un gesto.

–Suficiente –dijo Caetano. Y pagó.

–Necesitamos que nos despierten a las cuatro.

Una vez en la habitación abrieron la botella, se acostaron –Roxana en la cama, Caetano sobre unas mantas cerca de la puerta de la habitación, Diego en un sillón al lado del baño– y se dedicaron a contarse biografías que nadie se creyó: una película esperando a su protagonista, la corresponsalía periodística de un diario de Sao Paulo, marihuana para uso medicinal.

–Yo podría fumar algo de esa medicina tuya –dijo Roxana.

Fumaron y bebieron un buen rato todavía y, pese a las diferencias idiomáticas, volvieron a mentirse, ahora acerca de lo que harían con su parte si el boleto de lotería que habían comprado resultaba ganador. Y aunque en realidad Caetano pensaba que con ese dinero podrían activar una operación de grandes dimensiones para la fuga de Ramiro y los demás compañeros, Roxana que sobraría para volver con su madre y sacarla de la miseria y Diego en una casa con pileta donde vivir con Valeria y una Harley-Davidson, terminaron planificando la compra conjunta de un yate e imaginando un viaje que recorriera América, desde Tierra del Fuego hasta México.

Se fueron a dormir, vestidos, para evitar las tentaciones, pero no había pasado ni media hora cuando Roxa-

na dejó la cama y fue a meterse en el sillón con Diego, que la recibió con sorpresa y entusiasmo. Caetano escuchó los gemidos ahogados de los dos jovencitos y bajo sus mantas también empezaron a pasar cosas. Y ellos lo escucharon a él. Pero a la mañana siguiente nadie comentó nada. Amaneció frío.

Cada uno se vistió. Se abrigaron pensando en el río y levantaron su equipaje. Caetano salió primero, quería comprar un diario argentino para ver si de aquel lado de la frontera se decía algo de la fuga. En la esquina consiguió comprar *El Herald de Iguazú*. Empezaba a hojearlo cuando bajaron los otros dos.

–Vamos –dijo Roxana– nos espera en el mismo lugar que Matute.

Obdulio llegó puntual. Habló con su prima.

–¿Cuánto te debemos?

–*Marave, ani deresarai en de querakajangua plata de siupe.*

Roxana asintió: claro que le iba a mandar dinero a su madre.

Obdulio le dio algunas instrucciones más.

–Tenemos que cruzar y esperar del otro lado a un amigo de mi primo, que se llama Pulpo, que va a cruzar la lancha de vuelta. No podemos dejarla hasta que el Pulpo llegue –explicó Roxana. Lo repitió en portugués.

Los dos hombres le dieron la mano a Obdulio. Después se abrazó con Roxana.

–*Tereiko porâ* –los despidió.

Diego desamarró el bote. Ayuda a subir, primero a Caetano, que no puede tenerse por el brazo roto, y

después a Roxana. Por último sube él y pone el motor en marcha. Lo deja calentar un poco y al cabo de un par de minutos comienzan el cruce.

Caetano fuma en la proa. Ya vio lo que le interesaba en el diario, que nada decía de la fuga, así que se lo ofrece a Roxana.

La chica se pone a pasar las hojas sin demasiado interés. Las noticias pasan ante sus ojos como pasa el agua. Hasta que ve, y su mirada se abisma. Trata de simular la sorpresa, la rápida ojeada que le echa su bolso, la sonrisa que se le dibuja en la boca joven y abundante.

Tres millones de pesos, treinta millones de guaraníes. *¡Añamemby!*

– *¿O qué aconteceu?* – pregunta Caetano que intercepta la mirada. Rápido, mira la página en la que estaba abierto el diario, antes que Roxana lo suelte, y entiende todo: que la paraguayita los quiere pasar y lo fácil que sería, con esa plata, conseguir armas y un blindado para sacar a los compañeros.

– *Nem pense* – dice.

Pero, al mismo tiempo que el diario cae abierto en el piso del bote, de la campera de Roxana surge el revólver que fue de su padre y, un segundo, menos de un segundo después, la Smith & Wesson de Caetano aparece en escena.

– *¿Qué carajo pasa acá?* – grita Diego, confundido mientras suelta la palanca del motor, saca, él también, la Nueve, la agarra con las dos manos, temblando, y apunta al pecho de Caetano.

El brasileño le señala el diario, con el mentón mientras barre el aire en semicírculo con la Smith & Wesson.

– *O Jogo do Bicho.*

Diego no entiende la frase pero sí la situación y lo que dice el diario. La mira a ella, después el bolso, más cerca de sus pies que de los de nadie, aunque sabe que eso no tiene ninguna importancia.

Tres palos, piensa.

Ahora apunta, alternativamente, al hombre y a la chica.

El bote se balancea por la corriente del río, el motor ronroneando. Caetano, Roxana y Diego hacen equilibrio y se apuntan unos a otros.

Ya no hay –ni habrá– un yate en el que recorrer América Latina.

No hay sexo apurado en un sillón ni una paja bajo las mantas. No hay una comida y varias botellas compartidas para aplacar el miedo y la ansiedad. No hay cuentos sobre películas, diarios ni medicinas naturales. No hay fraternidad ni cooperación mutua.

No.

Lo que hay es un papelito que vale tres millones de pesos en el bolsillo de un bolso; un convicto fugado, una menor indocumentada, un mochilero con una bolsa llena de marihuana. Lo que hay es un bote que se mece en el agua y tres armas –un pesado revólver, una pistola Smith & Wesson, una Nueve de la policía argentina– que barren el aire en semicírculo.

– *Embo gueyshu lan de arma.*

– Bajen los fierros, carajo.

– *Abaixem as armas.*

Después silencio. Un callejón sin salida sobre la bruma del río en la triple frontera. Un final de historia

en el que sólo se oye el rumor de las aguas marrones y el graznido de los pájaros.

Hasta que el sonido de los disparos rompe la mañana.





## José Manuel Fajardo



Granada, 1957. Cursó estudios hasta tercer año de derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y participó activamente, como militante del entonces clandestino Partido Comunista de España. Empezó a trabajar como periodista en Madrid, en 1979, en el diario *Mundo Obrero*. Desde entonces ha escrito en numerosos diarios y revistas españoles. En 1990 publicó su primer libro, una biografía colectiva de los españoles que participaron en la Revolución Francesa, titulado *La epopeya de los locos* (Seix Barral, 1990). En 1992 ganó el Premio Internacional de Periodismo Rey de España por su libro de ensayos históricos *Las naves del tiempo* (Cambio 16, 1992). Y en 1996, publicó su primera novela, *Carta del fin del mundo*. En 1998 publicó la novela *El Converso*. En febrero de 2001 se trasladó a París, donde concluyó su tercera novela, *Una belleza convulsa*, con la que ganó en Francia el Premio literario Charles Brisset 2002. Desde entonces ha publicado una colección de retratos literarios de personajes históricos titulada *Vidas exageradas*. En 2005 publicó en México el relato infantil *La estrella fugaz*. En 2008 publicó el libro de relatos *Maneras de estar y Primeras noticias de Noela Duarte*. En 2010 publicó la novela *Mi nombre es Jamaica* y diseñó, junto a la escritora puertorriqueña Mayra Santos-Febres, el Festival de la Palabra de Puerto Rico, de cuya programación viene siendo autor desde entonces.

Sus obras están traducidas al francés, italiano, alemán, portugués, griego y serbio.



## Karla Suárez



La Habana, 1969. Graduada de ingeniería electrónica, profesión que ha continuado desarrollando, hizo también estudios de guitarra clásica. Ha publicado las novelas *La Habana año cero*, *La viajera* (2005) y *Silencios* (Premio Lengua de Trapo, España, 1999), así como los libros de cuentos *Carroza para actores* (2001) y *Espuma* (1999). Además, ha publicado los libros *Rome, par-delà les chemins* y *Cuba los caminos del azar* en colaboración con el fotógrafo Francesco Gattoni y *Grietas en las paredes* con el también fotógrafo Yvon Lambert. Sus novelas han sido traducidas a varios idiomas. Muchos de sus relatos han aparecido en antologías y revistas publicadas en Europa, Estados Unidos y diversos países de América Latina. Dos de sus cuentos fueron adaptados a la televisión cubana y uno fue llevado al teatro, también en Cuba. En 2010 su novela *Silencios* fue llevada al teatro y en 2013 fue adaptada a un espectáculo musical, ambos en Francia. Ha recibido varias becas de creación, entre ellas, la que otorga el Centro Nacional del Libro de Francia. En 2007 fue seleccionada entre los 39 escritores jóvenes más representativos de América Latina.



## Kike Ferrari



Nació en Buenos Aires en 1972. Fue deportado de Estados Unidos en 2003, país en el que había vivido cuatro años y al que tiene la entrada prohibida. Es colaborador de las revistas *Sudestada* (Argentina), *Casa de las Américas* (Cuba) y la página *Sigueleyendo* (España). Ha publicado "Operación Bukowski" (2004), "Entonces sólo la noche" (2008. Premio Fondo Nacional de las Artes), "Lo que no fue" (2009. 50º Premio Casa de las Américas), "Postales rabiosas y otros juguetes inesperadamente literarios" (2010), "Que de lejos parecen moscas" (2011), "El cazador de ratas" (2011). Ha recibido también el 23er Premio de relatos policíacos de la Semana Negra de Gijón 2010 por "Ese nombre" y el premio de la 24ta edición de relatos policíacos de la Semana Negra de Gijón por "Este infierno de mierda". Ha participado en las antologías "Buenos Aires no duerme" (1998), "In our own words" (2004) y Libro Pepsi-Semana Negra "La Frontera" (SN, Gijón, 2011).









Este libro se imprimió en la ciudad de México en el mes de marzo de 2015. Para su distribución gratuita, cortesía de la Delegación Azcapotzalco y Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.

Todos los derechos de esta edición se encuentran reservados.